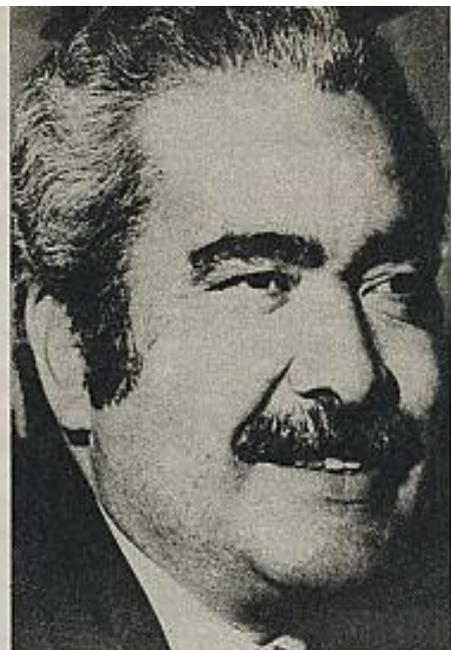


**O**TRA vez la feria electoral. La multiplicación de los "slogans" imposibles y de los rostros sonrientes de los candidatos en los muros de Caracas. Sobrevivían, desgastados, muchos vestigios de las recientes elecciones presidenciales. El provector Piñarúa —"a ese hombre le faltaba carisma", dicen—, de Acción Democrática, proclamándose correcto, como si la corrección fuera una teoría política. Y el paternal y sonriente Herrera Campins, de Copel (Democracia Cristiana), luego vencedor, prometiendo "arreglar esto", seguro de que cualquier venezolano sabía lo que había que arreglar. Sólo el MAS, jugando nuevamente la carta de José Vicente Rangel, incluía en sus "slogans" algo más concreto que la buena voluntad. Pero, en su conjunto, era una literatura electoral triste y gastada, con la derecha y el centro derecha prometiendo honestidad —como si adecos y copeianos no se hubieran repartido el poder a lo largo de los últimos veinte años de democracia venezolana y la deshonestidad administrativa fuera cosa de otros— y la izquierda repitiendo frases que suenan ya a escandaloso populismo...

Sobre estos huesos de la que fuera un día lucha electoral y derrota de Acción Democrática —el partido de Rómulo Betancourt, que se define como socialdemócrata y que tan importante papel ha jugado en el país, antes y después de Pérez Jiménez—, se remozó la disputa de las concejalías municipales. Para Copei, ganar era asegurarse a escala municipal el poder ya conquistado en el ejecutivo; para los adecos, recuperar parte del terreno perdido. Para la izquierda, el problema era otro. Sus posibilidades de victoria eran nulas, pero mejorar el modesto porcentaje de las elecciones generales equivalía a defender las ventajas de la Unión —todos los principales partidos de la izquierda hablan suscritos un pacto el pasado abril— y también, a introducir en la gestión local un tipo de presión que no estaba a su alcance ni en las Cámaras, ni, mucho menos, en las acciones del Gobierno. Aunque para ello fuera necesario —la Historia es aburridamente igual en casi todas partes— conquistar una serie de autonomías municipales que el poder central se resiste a conceder.

En todo caso, al común de los venezolanos las elecciones no parecían importarles gran cosa. Sólo así se entiende que la televisión dedicara casi tanto tiempo a recordar los castigos a la abstención —en



El presidente Herrera, promesas de Honestidad reiteradas.

## Venezuela: la victoria de Copei o el triunfo de los "honestos"

especial a los funcionarios, aunque era ampliable a la totalidad de los ciudadanos negligentes la imposibilidad de salir del país durante seis meses— como a los candidatos. Lo cual no deja de ser una grave y seria interrogación a las democracias representativas de nuestros días. ¿Qué experiencia ciudadana no refleja tanto la tendencia a la abstención como ese empeño de los candidatos en deslumbrar con sus promesas de honestidad? Tras cada campaña, los partidos interpretan la abstención como les conviene, sobre todo, claro, si son partidos minoritarios. Pero la verdad es que muchos de los que no votan lo hacen, simplemente, porque sospechan que sus votos no servirán para nada o, acaso, sólo para cambiar el léxico del poder. "Mejor sería —me decía un venezolano— que en lugar de prometer no robar, prometieran robar poco. Eso sería más creíble y más honrado".

El hecho es que, pese a las presio-

nes, la abstención llegó al 30 por 100. Y que Copel se llevó el 50 por 100 de los votantes, Acción Democrática el 30 por 100, la izquierda el 19 por 100 y los demás el 1 por 100. Cifras extraoficiales que quizá sufran alguna pequeña e irrelevante modificación en los balances definitivos, pero que marcan tres hechos fundamentales en la vida política de Venezuela: ruptura de la polarización del poder entre Acción Democrática y Copel. Debacle adeca en beneficio de la Democracia Cristiana. Y ligero avance de la izquierda unida, que podrá realizar cierto trabajo crítico en numerosos municipios.

¿Qué supone la victoria de la Democracia Cristiana? A Rafael Caldera, ex presidente de Venezuela y figura máxima del partido copeiano, le he oído hablar de que ahora los políticos venales podrán ser denunciados y el Gobierno investigar esas denuncias. Herrera Campins, que pese a ser el Presidente no deja de estar oscurecido por la personalidad de Caldera, comentó los resultados afirmando que la abrumadora victoria copeiana, hace de ese partido el único responsable de lo que ocurra, sin que quepa la vieja disculpa de las zancadillas ajenas. Carlos Andrés Pérez, el ex Presidente adeco, justificaba la derrota asegurando que era el miedo a la Unidad de la Izquierda, el anticomunismo, el que había incrementado los votos del partido de la derecha. Mientras la izquierda subrayaba la "necesidad de mantener y profundizar la unidad mediante una acción coherente y programática en el seno de los concejos municipales"...

En el orden internacional —frente a temas como el de Nicaragua, Chile o El Salvador— la posición del nuevo Gobierno sigue siendo elocuente y positiva. Pero es en el plano interno donde la gran Venezuela padece males profundos que, por decirlo con el lenguaje de Herrera Campins, deben ser "arreglados". En buena parte de la prensa el tema se plantea con toda crudeza: democracia o corrupción. Y, por ahora, gana la segunda. Quizá por eso los honestos han dicho hasta la saciedad que lo son. Pero, aun dando por cierto que lo sean, la cuestión está en saber si la honestidad personal es homologable con la honestidad de un sistema político, si basta no robar y darse golpes de pecho para defender los intereses de un pueblo... Y parece que no. Se es honesto con "algo". Y ese "algo" —el modo de "arreglar esto"— es la verdadera cuestión. ■ J. M.